
La Nueva Agenda Latinoamericana*

Dip. Abraham Talavera

Director del Instituto de Investigaciones Legislativas de la H. Cámara de Diputados

Desde el siglo pasado, México ha tendido a buscar su norte en el norte mismo del Continente. La vecindad con los Estados Unidos de América ha producido trágicos conflictos y, al mismo tiempo, una vida de relación que acerca, a base de retos y empeños, a un país latinoamericano con la potencia económica y política más relevante en el siglo que pronto concluirá.

La economía mexicana se aproxima a una vigésima parte de la norteamericana. Las formas de hacer política en ambos países son igualmente diferentes. El melting pot estadounidense y el mestizaje mexicano son fenómenos que presentan muy pocos rasgos comunes. La cultura norteamericana, esencialmente tolerante y abierta, aunque con innegables pretensiones misioneras, frecuentemente ha tenido contactos ásperos con los modos de vida mexicanos. Por todo esto, y también por otras razones, ha resultado afortunada la expresión de que México y Estados Unidos son vecinos distantes, aunque no fatalmente distanciados.

La atención que México ha brindado a sus vecinos del Norte ha carecido de equivalencias con nuestras colindancias de Centro y Sudamérica. Sin embargo, en las últimas décadas ha surgido un interés creciente hacia



la zona latina del Hemisferio. No creo que se trate de una moda, sino de una muestra de auténtico interés por vincular nuestras culturas nacionales y, desde luego, por hacer de los intercambios políticos, culturales y económicos un basamento firme para construir un proyecto latinoamericano común.

Por ello, durante la celebración de la Segunda Cumbre Iberoamericana, recordando a Alfonso Reyes, el Presidente Carlos Salinas dijo: "Las naciones americanas no son ni podrán ser extranjeras entre sí, como las naciones de otros continentes. Y es que compartimos un legado cultural, cuyo nombre acaso sea mestizaje, que se expresa en la convivencia y la tolerancia, en el respeto a las diferencias, en la capacidad de aprender del otro, y en la disposición solidaria para buscar la equidad entre los hombres".

Las tres Cumbres Iberoamericanas, el Grupo de los Tres, el Grupo Andino, el Acuerdo de San José, el Grupo de Río, la existencia de la COPPAL, la ALADI, el SELA, el MERCOSUR, y otros acuerdos signados entre los diversos países de la región, dan cuenta de la seriedad con la que América Latina se está preparando para hacer frente a las tareas que impone la globalización y la regionalización. Por cierto, estas dos últimas, han resultado ser tendencias complementarias y no direcciones excluyentes.

Hasta hace muy pocos lustros, como ya dijimos, el tema de América Latina se encontraba relegado en los medios políticos y académicos más importantes. Recuperar el tiempo perdido es imprescindible para ubicar a la región en una dimensión más plena.

En el nuevo paisaje latinoamericano es cada vez más difícil divisar "repúblicas bananeras", dictadores

de opereta, populismos sin rumbo o soberanías enajenadas ante los aberrantes resplandores del *american way of life*. Hoy, por el contrario, nos hallamos con una América Latina consciente de las posibilidades de su realidad histórica.

La historia que los latinoamericanos compartimos es la búsqueda y preservación de nuestros rasgos de identidad; es también el perfeccionamiento de nuestras instituciones nacionales y regionales; como también lo es, en la hora presente, imaginar y afianzar nuestro lugar en un mundo de inusitado cambio tecnológico, de nuevas formas de producción y comercialización, así como de renacimientos fundamentalistas y de nacionalismos rancios.

Con todo, la inequidad social es el más formidable desafío para América Latina. El abismo entre riqueza y pobreza extremas ilustra la vigencia del llamado hecho por el generalísimo Morelos, el 14 de septiembre de 1813, para afirmar que las buenas leyes son siempre superiores a todo hombre y que éstas "deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto".

En las décadas venideras, pocos temas serán tan centrales para la agenda latinoamericana como los referidos a la búsqueda de estrategias eficaces orientadas a combatir la pobreza extrema y hacer más equitativa la distribución de la riqueza.

Las cifras son muy elocuentes e ilustran la insuficiencia de la recuperación que modestamente se ha reiniciado. En el informe preliminar de la CEPAL para 1992 se percibe que el PIB de los países de la región aumentó tan sólo 2.4%, en

Así pues, bien puede afirmarse que los países de América Latina se enfrentan a muy complejas tareas de orden interno y, simultáneamente, a graves requerimientos de un entorno internacional que ha cambiado radicalmente en muy pocos años.

En el frente interno, sigue vigente la tarea de generar nuevos empleos, sin alentar presiones inflacionarias adicionales; de igual manera, siguen siendo prioritarios los objetivos vinculados con el control del gasto público y el saneamiento de las finanzas gubernamentales, así como una menor transferencia de recursos por el servicio de la deuda externa. Todo ello, sin agravar la ya de por sí difícil situación social que los programas de ajuste han generado.

comparación con la tasa de 3.5% que se registró en 1991. "Con ello el producto por habitante volvió a tener un incremento ligeramente positivo (0.5%). Sin embargo, el producto regional de 1992 resultó sólo 19% superior al de 1980, antes de que se desencadenara la crisis de la deuda, en tanto el producto por habitante fue 7% inferior al de entonces y equivalente al de 1978."

Ello implica que hacia el interior de la región, los gobiernos y los parlamentos impulsen junto con las fuerzas sociales, políticas y económicas un conjunto de iniciativas específicas que brinden consistencia a los procesos de integración. Es un error concebir la integración tan sólo en términos económicos y comerciales. Hoy en día, la integración



incluye también los aspectos derivados de la cooperación financiera, de la creciente intercomunicación y circulación de información política, así como la instrumentación de políticas culturales y, desde luego, del perfeccionamiento—por voluntad propia— de las instituciones político-electorales.

Las tareas externas tienen que ver con la búsqueda de consensos que permitan atenuar la carga del endeudamiento, propiciar el arribo de recursos financieros adicionales que se destinen a la inversión directa, más que a la especulación bursátil; un largo camino debe recorrer la región para desarrollar procesos tecnológicos adecuados a las realidades y necesidades de América Latina; de igual manera, esperan arduas jornadas destinadas a una vinculación más favorable con los distintos bloques que han surgido en los años recientes.

Parece claro que América Latina merece una atención especial por parte de México. Los empeños de acercamiento productivo y verdadero son tarea común de los partidos políticos, de los diversos sectores empresariales, de las más importantes fuerzas sociales organizadas y, desde luego, de los hombres de cultura, de los académicos, de los estudiosos y, por supuesto, de los parlamentos de la región.

Los latinoamericanos han aprendido, a veces de manera dramática, la inviabilidad de un Estado paternalista que pretende hacerlo todo y regular excesivamente las actividades y potencialidades de la sociedad. En cambio, ha emergido un concepto de Estado que valora la moderación y asigna una alta prioridad, lo mismo al desarrollo económico con un mayor contenido de equidad social, que el inmenso valor de una vida democrática más plena.

* Intervención en el Coloquio "Los Procesos de Cambio en América Latina", organizado por el Instituto de Investigaciones Legislativas de la H. Cámara de Diputados el 30 de septiembre de 1993.